

Viernes Santo de la Pasión del Señor

LOS QUE LE AMARON SE SUMERGEN EN EL SILENCIO

Por Pedro José Ynaraja

1.- No nos hemos reunido para velar un cadáver. Jesús ha muerto, sí. ¡Viva Jesús! Viva, porque en su muerte y sepultura se ha llevado nuestros pecados. ¡Que queden para siempre enterrados y destruidos!

Hubo un día que hizo un simulacro. Fue al principio de su vida apostólica. Dejó su actividad profesional en Galilea y se fue al Jordán. Allí como un pecador cualquiera, Él, el Cordero sin mancha, que quita el pecado del mundo, se hundió en las aguas. Fue su primera sepultura. Iba ya entonces cargado con nuestros pecados. Se humillaba ante las gentes. El Padre Eterno no pudo consentir el espectáculo y se manifestó solemnemente. Este que veis es mi Hijo mimado, dijo, y el Espíritu acudió a la cita. Dios totalmente, en las tres diferentes personas de su unidad indisoluble, se hizo presente.

2.- Ahora no, ahora la cosa tiene tintes de tragedia para los que le amaron. Han perdido la esperanza. Ellos que en Él la tenían puesta totalmente. Han perdido la fe ellos que junto a Él la habían vivido como una cosa natural. Pero no han perdido la piedad, que es una parte de la caridad. Uno, José de Arimatea, consigue el cuerpo y facilita un sepulcro. Otro, Nicodemo, acude con perfumes. Otros se prestan para enterrarlo piadosamente.

Llega el día solemne del reposo, el inicio del gran Sabat. Los que le amaron se sumergen en el silencio. La única esperanza es que llegará la mañana del primer día de la semana y acudirán a completar la tarea de embalsamar su cuerpo.

3.- Sabemos lo que es ayuno de comida y de bebida. Lo practicamos o no, pero lo sabemos. ¿Sabemos lo que es ayunar de sonidos, de imágenes, de proyectos? Con la sepultura del Señor empieza el periodo del gran aburrimiento. En la tierra y en la historia no hay nada que hacer. El cuerpo reposa, el espíritu acude a las moradas misteriosas donde le esperan aquellos que en Él esperaron. Adán y Eva, Abraham y compañía, Ester y Ana... Dejémosle que con ellos actúe. Nosotros, vacía nuestra interioridad, pensamos en los pecados que se pudren. Deseamos que no vuelvan para nada a germinar y crecer en nosotros. Podemos escribir en una nota los pecados que esta noche deseamos más sinceramente que queden sepultados. Los podemos luego quemar con colonia ante una cruz cualquiera. Y volver a perfumar las cenizas. La lista destruida es nuestra maldad, el perfume nuestra oración.

PADRE PEDRO JOSÉ YNARAJA

